



GRANADA

Gonzalo Sandro del Castillo

El sol me estaba achicharrando la nuca. Era uno de esos días de mayo en los que no apetecía hacer nada, salvo estar al sol como los lagartos. Con una buena cerveza nacional, fresquita, me podía considerar el hombre más feliz de la tierra mientras contemplaba el palacio rojo de Granada. Desde donde estaba se la veía preciosa.

No sé si fue el sol o la tercera cerveza lo que me hizo sentir un escalofrío por el cuerpo. Me recorrió desde la uña del dedo gordo del pie hasta el “último” (y no es que tenga muchos) de mis pelos de la coronilla. De buenas a primeras las sensaciones que percibía no eran las mismas que notaba hacía unos segundos. El Paseo de los Tristes ya no era el mismo, había cambiado algo, las casas que antes me parecían románticamente viejas ahora eran distintas y nuevas. No nuevas de modernas, era al contrario, eran casas de un tipo arquitectónico árabe antiguo, pero en perfecto estado de conservación, como si las hubiesen construido hace relativamente poco. No me asusté, parecía que yo estaba integrado en ese extraño cambio. Mis ropas de última moda del siglo XX habían cambiado por ropas típicas árabes. Mi piel era más oscura y un olor característico me envolvía. Ya no olía a desodorante de marca, olía a esencias de jazmín mezcladas con el olor a cuero curado; realmente no sé a que olía exactamente. Me era familiar porque me recordaba al zoco de Tánger que visité de niño. Era un olor de esos que se te quedan grabados en la pituitaria y ya nunca más olvidas; no te desagrada pero tardas en acostumbrarte.

Como ya ha dicho no pasé miedo, pero un poco o quizás un mucho de perplejidad e incertidumbre sí que me inundaron. Después de unos momentos me calmé y observé todo lo que me rodeaba. El río Darro estaba frente a mí pero más limpio de lo que recordaba. La montaña que me separaba del palacio rojo estaba más verde y la Alhambra era realmente rojiza. Estaba en plenitud de belleza y de cuidados. Fue entonces cuando me percaté que algo o alguien, que yo no era capaz de concretar, me había trasladado a no sé que siglo exactamente. Me encontraba de golpe y porrazo en la bulliciosa Granada árabe. Me levanté de donde estaba sentado, que ya no era una mesa de las concurridas terrazas del Paseo de los Tristes en la que estaba degustando mis cervecitas, se había convertido en una fuente de agua fresca y cristalina.

Comencé a caminar sin un rumbo determinado, en principio me dirigía hacia lo que yo conocía como el Albayzín. Me crucé con hombres que vestían igual que yo, sin atreverme a mediar palabra. Suponía que jamás me entenderían, yo hablaba un castellano moderno. Guardé un sepulcral silencio ante lo que supuse saludos de los ancianos que se reunían en las puertas de las casas. Se dirigían a mí como si me conocieran, hecho que terminó por desconcertarme. Continué caminando como si tuviera un rumbo que seguir que ya conocía, dentro de una especie de automatismo que no era capaz de controlar; de esta forma llegué a un sitio que extrañamente me era muy familiar. A la puerta de una casa mayor que las que fui dejando atrás había un anciano que me saludó muy

efusivamente. Me abrazaba y besaba. Esta situación me puso al borde de un ataque de locura. Intenté hablar y cuando lo logré fue como si una luz me invadiera el cerebro. Mi voz y mi idioma habían cambiado, seguía pensando con normalidad pero al expresarme y al oír al anciano era como si tuviese una traducción simultánea. Ahora creo que hizo falta que yo hablara para poder recibir esta extraña traducción. Gracias a la “traducción” me quedé perplejo, el anciano era mi padre, me decía lo feliz que se encontraba por mi vuelta de Damasco y haber terminado mis estudios. Mi “padre” empezó a dar voces en dirección a la casa de la que no tardarían en salir mi “madre” y dos “hermanas”. Yo no me atrevía a hablar mucho puesto que todo era una cosa nueva para mí. Por lo que oía decir a mi “padre” los nombres de mis “hermanas” eran: Loubna y Lamia. Loubna debía de tener unos 19 años, era más alta que mi “padre” y tenía unos ojos verdes que junto a su melena negra ensortijada la habían bellísima, Lamia parecía menor, de unos 13 años, físicamente era calcada a mi “madre”, que se llamaba Marian, las dos eran bajas al lado de Loubna, no tan bellas como esta pero tenían esa belleza de las mujeres árabes. Mi “padre”, al que llamaban Yusuf repetía constantemente el nombre de Osmin, por lo que deduje que debería ser mi nombre. A la entrada de mi casa no paraban de llegar vecinos que me saludaban y me daban la bienvenida, de repente se hizo un silencio y todos los que allí estaban rodeándome se hicieron a un lado y al principio de la calle vi una figura de mujer, estaba parada frente a nosotros y sus ojos se clavaban fijamente en los míos. Su rostro expresaba una dulzura casi maternal. A medida que se me acercaba, pude verla bien; era alta, de pelo largo y muy negro su piel era color aceituna, debajo de una chilaba adiviné o no sé si recordé un cuerpo maravillosamente formado. Sin pronunciar palabra nos abrazamos...

De nuevo sentí el escalofrío y de nuevo me ví en el siglo XX escuchando la voz del camarero que me servía otra cerveza.

Esto me ocurrió hace seis años, el 15 de mayo de 1992. Desde entonces vuelvo todos los 15 de mayo al mismo sitio donde sentí ese escalofrío que me llevó a otra vida que no era la mía, o quizás solo fue un sueño, no lo sé, y como no me ha vuelto a pasar sigo sin saber a que atribuirlo. Puestos a divagar me he llegado a plantear que el tal Osmin se debió de encontrar en la misma situación que yo, viviendo unos instantes de mi vida moderna. Si por mí fuera, y por eso vuelvo...

Granada, 3 de octubre de 1998